



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11971

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 5 DE OCTUBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorstte rue Casanaria 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Todo revuelto

Doquiera dirigimos la vista reina el desequilibrio.

Arriba los elementos se revolucionan. Abajo se desbordan las pasiones.

Las corrientes frías de la atmósfera convierten en agua los vapores y la precipitan á la tierra en forma de lluvia que rebasa los cauces de los rios y se desborda por los campos arrollándolo todo. El choque de los intereses pone en las manos las armas de combate para disputarse el mendrugo de pan

Triste momento el que atraviesa España. De una parte ve arrasados sus campos más feraces. De otra parte contempla á sus hijos que luchan entre sí.

En Cataluña lloran un gran desastre los ribereños del Llobregat. La inundación los ha herido tres veces en contados días, dejándoles perdidos para mucho tiempo. En Valencia suenan también lamentos por causa de los temporales que periódicamente someten aquella región á dura prueba. Han ocurrido allí escenas de verdadero horror cuyo relato no se puede escuchar sin sentir el alma dolorida y el corazón despedazado.

Casas que se hunden; banales que desaparecen; riquezas que se destruyen; cosechas recogidas que aseguraban vida regalada y que son arrojadas al mar por el torrente; vidas que se pierden entre el oleaje; todo un cuadro de horror sustituyendo á otro cuadro de felicidad.

Y mientras en las regiones de Levante se oyen gritos de muerte y lamentos de duelo; mientras la miseria y la ruina se enseñorean sobre campos y ciudades, mientras millares de seres lloran esas catástrofes en las que la voluntad no toma parte alguna, porque le es

imposible frenar los elementos que fatalmente las producen; rugen las pasiones en otros lugares acrecentando el daño de la patria.

Y ahí ya toma la voluntad parte principalísima. Sin embargo, casi resulta irresponsable, porque si suelta el freno á las pasiones, no puede en cambio refrenar el hambre.

Hambre es la que impulsa á los pescadores de las costas gallegas á arrojarse unos sobre otros para devorarse. Jaiteros y trañeros libran tremendas batallas por la vida; y como no hay quien, con arreglo á derecho, les reparta el pedazo de pan que se disputan, se acechan y se atacan tiñendo en sangre las aguas que pretenden dominar.

Y como ocurre en la Coruña ocurre en Salamanca. La industrial Béjar que necesita el agua para que funcionen sus talleres, se ha revuelto alzada contra Candelario que se la quita á pretexto de serle necesaria para el riego.

Y el pleito se ha empeñado, no ante el juez ni tribunal alguno, sino en el terreno de la fuerza. La razón se ha fiado á la escopeta, al fusil, al cuchillo, á la tea incendiaria, al número mayor de combatientes.

Esa guerra la ha planteado el hambre, reconoce igual causa que la que se hacen con menos ahínco jaiteros y trañeros, y entre ellos son los menos culpables los que luchan en defensa del mendrugo.

Los verdaderos responsables son los que no evitan el mal de raíz; los que permiten que se haga crónico y se manifieste con formas tan violentas como las adoptadas en Galicia y León, por la tierra y por el mar.

Por decoro de España es preciso zanjar esos pleitos en justicia para que no se repitan escenas que conviene olvidar.

TIJERETAZOS

Un telegrama de la Colonia del Cabo dice que el bando del generalísimo Kitchener ha dado resultados distintos á los que su autor esperaba.

Es natural. En todas ocasiones ha ocurrido lo mismo y no había que esperar que ocurriera lo contrario ahora.

La sangre llama sangre. Y como el bando es el non plus ultra de lo sanginario, se levantan las piedras contra él.

Por lo pronto ya están los boers á una jornada de la capital de la Colonia. Después veremos hasta donde van.

Dice «El Nacional»: «La opinión va emancipándose de la política profesional.» Ya lo hemos conocido.

¿En qué? Pues en los aplausos que tirios y troyanos han dedicado al ministro de Instrucción pública con motivo de su último discurso.

El ministro es monárquico. Y le han aplaudido los republicanos. Más emancipación...

En Bornos y por cuestiones de familia, han reñido media decena de parientes.

Y no ha escapado uno de la degollina, pues resultó un muerto y cinco heridos graves.

Ni que se tratara de una reyerta electoral de esas que suelen ocurrir entre caciques cuando se echa toda el agua de la presión en el molino.

Como por ejemplo, la que se armó hace dos años en el ayuntamiento castellonense en la que hubo cuatro muertos y una carretada de heridos.

Aquellas sí que fueron elecciones reñidas.

Con elecciones como aquellas y peleas como la de Bornos, pobre España á la vuelta de pocos años.

Se queda desierta.

CURIOSIDADES

Cuando un individuo no puede pagar sus deudas, se le embargan sus bienes y se ven-

den. Hay otros países donde puede hacerse otro tanto con las poblaciones.

La villa de Verditschow, que tiene 8.000 habitantes, ha sido vendida recientemente en pública subasta. Debía al gobierno ruso y á varios particulares cerca de cuatro millones de rublos, y como no los podía pagar, se decretó la venta de la villa.

Hace siete años, otra ciudad rusa fué comprada por un caballero ruso, llamado Roukavishnikov, por la cantidad, bastante modesta, de 4.080.000 pesetas; el año pasado la volvió á vender. El comprador fué el conde Ignatiev, el cual pagó por ella 6.800.000 pesetas.

En Inglaterra y en Escocia, donde, gracias á los mayorazgos, los nobles, conservan todavía grandes propiedades, no es caso extraordinario que pueblos enteros pertenezcan á un individuo.

El principal objeto del Automóvil Club Internacional que se está organizando en París, y que será la sociedad más selecta del mundo, es crear un gran autódromo donde cada socio tenga una habitación lujosamente amueblada y una cochera particular para su automóvil.

Anejo al autódromo habrá un gran taller de reparaciones, que comunicará por medio de un túnel con la pista.

En ésta se verificarán carreras y prácticas, lo mismo que los ciclistas hacen en los velódromos.

El gobierno alemán ha impuesto en Dresde una contribución sobre los gatos, y á causa de ésta han fallecido víctimas de sus dueños una porción de felinos, cuyos amos se negaban á pagar el oneroso arbitrio.

En algunos establecimientos para salvamento de naufragos, que se han establecido en las costas de Francia, han empezado á usarse con gran éxito, perros amestrados.

UNA CRUSA SINGULAR

HISTORIA DE PERROS

Los hechos que vamos á relatar no han ocurrido en los Estados Unidos, sino en Austria, y el periódico que lo ha referido no es el «New York Herald» como pudiera creerse, sino el «Journal des Debats.»

Es el caso que había en una casa de Viena tres perros que rivalizaban en buena educación y perfecta cortesía. «Karo» perteneciente á Mlle. Carolina Z., y alojado en uno de los cuartos del primer piso; «Affi» del doctor B., que habitaba en el primer piso también, y «Bubi» del portero, que vivía encerrado en la tenobrosa portería, ó en las aceras de la calle. Los tres estaban unidos por las más cordiales relaciones y tenían excelentes costumbres.

Pero ocurrió que cierto día; uno de ellos olvidó su habitual corrección y el tapiz colgado ante la puerta de Mlle. Z... ostentó algunas señales no muy limpias.

¿Cuál era el autor de la fechoría? Made-moiselle Z... acudió inmediatamente á su vecino de piso. El doctor B... protestó enérgicamente en nombre de «Affi» sin ocultar las sospechas que le inspiraba «Bubi» el primero atribuyola á «Karo» en fin, tal jaleo se armó, que el juzgado se vió obligado á tomar cartas en el asunto, toda vez que Mlle. Z... no se contentaba con satisfacciones que dejasen á salvo el honor de su cén, sino que exigía 12 coronas de indemnización.

Y todos fueron al juzgado. Los tres perros acusábanse recíprocamente. Las pruebas como es fácil comprender, ofrecían serias dificultades.

El abogado de Mlle. Z..., Henry Brüll, razonaba en esta forma.

—Para juzgar la causa es preciso que el tribunal consienta por un instante en identificarse con el pensamiento de un can. Ahora bien; nuestro compañero «Bubi», que tiene todo género de facilidades para salir á la calle, no sería nunca capaz de subir al primer piso con fines culpables. Para esto necesitaríamos suponer en él un refinamiento de perversidad que su honrado pasado desmiente.

Quedamos, pues, nosotros, y «Affi». Pero, ¿puede imaginarse siquiera el tribunal que nosotros mismos, á nuestra propia puerta hiciésemos...? No, señores; el perro del doctor, el miserable «Affi», es el único culpable.

Y, pues dejamos probada su culpabilidad, esperamos de vuestra justicia que condenaréis á éste á satisfacer las 12 coronas, pequeña indemnización de nuestro tapiz perdido y nuestro nombre y nuestra limpieza momentáneamente en entredicho.

El tribunal se retiró á deliberar, y por fin emitió una sentencia llena de curiosos «considerandos» y «resultandos», en la que, poco convencido por la lógica del ac-

gunos se acordaban aun de Potkanski, otros inclinaban la cabeza ante aquel emblema de la desventura, y no pocos prestaban homenaje á su belleza. Aquella asamblea tan desordenada al principio, había tomado un aspecto más conveniente.

Gustavo después de haber ofrecido á la recién llegada una silla y haberle quitado la pelsería, se acercó á Schwarz, que se había quedado de pie, con los ojos fijos en la vándita.

—¿Es ella?—dijo Gustavo

—Ya lo sé.

—Te suplico que no te aproximes. ¡Pobrecita! Cada cara nueva le produce un dislusion... cree siempre que vá á encontrar á su esposo.

—¿Hace mucho que la conoces?

—Dos años. Fui uno de los testigos del matrimonio de Potkanski,—contestó Gustavo, y con amarga sonrisa añadió:—desde que el marido la veo diariamente.

—Vasikiewicz me ha dicho que tú la has auxiliado con mano generosa.

—Era necesario que alguien se cuidase de ella, aunque ya ves para que resultado... Haz lo que quieras, trabaja, destrózate de fatiga, pero la necesidad seguirá siendo necesidad... ¡Es para darse de cabezadas contra la pared!

—¿Y la familia?

amado había partido con el niño llorando en brazos; y que volvería.

Incapaz de cualquier otro pensamiento, lo buscaba incesantemente con aquel inquieto y mecánico movimiento de las pupilas, é iba todos los días al club porque estaba convencida de volverlo á encontrar allí donde por primera vez le había visto. No murió á consecuencia de la desgracia, porque había encontrado pronto un brazo robusto que la sostuvo, que trató de arrancarla de la locura, y un corazón que procuró animarla. Fué un exceso de fuerzas, que sirvieron solo para retenerla á la vida. El amor de Gustavo la envolvió como una capa protectora y la sostuvo sobre la tierra. Él le había permanecido, aunque aquel ruego y aquella orden no hubiesen encontrado ningún eco en el corazón de ella... Permaneció, pero sin el sentimiento de existir, pasiva como una cosa y no como una criatura humana.

—La viuda después de atravesar el umbral se detuvo como una estatua de piedra de una tétrica magestad.

La sala del club estaba llena de humo y de gritos, y resonaban aun las últimas notas de una canción alegre.

La vándita en aquel ambiente impuro, era como una flor de ninfea en un estanque de agua turbia. Se hizo en seguida el silencio porque allí se la respetaba. Al-

—Ha demostrado ser un hombre de tesón.

—De veras, posee una energía poco común. Pienso que hacía poco que estaba aquí, sin amigos, en una ciudad extraña y sin medios. Ya sabes querido, que el rico puede salir de apuros, pero el pobre necesita de toda su inteligencia y de todo su esfuerzo.

—¿Pero qué obligación tenía Gustavo con respecto á ella?

—Era amigo de Potkanski, pero no es esto todo. Amaba á la joven antes de que fuera mujer de Potkanski; en aquel tiempo sofocó su amor y se apartó, pero ahora ya no lo oculta.

—¿Y ella?

—Ella, después de la desgracia ha quedado en una completa inconsciencia, volviéndose loca y no se acuerda de nada. La verás seguramente esta noche porque viene aquí todos los días.

—¿Con qué fin?

—Ya te he dicho que está loca. Ha conocido á Potkanski por primera vez aquí, no cree que haya muerto, y la pobrecita viene esperando encontrarle.

—¿Y Gustavo se lo permite?

—No sabe negarle nada.

—¿Y ella cómo le trata?

—Como á una mesa ó á una silla, ó un almohadón. Parece que no advierte ni siquiera su presencia; pero no la evita... siempre indiferente y apática. El gasta